

CON EL ASESINO ENFRENTADO

LOS SECRETOS DE LOS ASESINOS EN SERIE
DESVELADOS POR EL MINDHUNTER
ORIGINAL DEL FBI

JOHN DOUGLAS &
MARK OLSHAKER

Autor del best seller Mindhunter

HarperCollins

CON EL
**ASESINO
ENFRENTA**

LOS SECRETOS DE LOS ASESINOS EN SERIE
DESVELADOS POR EL **MINDHUNTER**
ORIGINAL DEL FBI

JOHN DOUGLAS &
MARK OLSHAKER

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Con el asesino enfrente
Título inglés: The Killer Across the Table
© 2019 by Mindhunters, Inc.
© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© de la traducción del inglés, Sonia Figueroa Martínez

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Diseño de cubierta: Ploy Siripant
Imágenes de cubierta: © David Waldorf/Getty Images; © IgorZh/ Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-9139-633-8

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

En una pequeña sala del presidio

Preámbulo: Aprendiendo de los expertos

I. La sangre del cordero

1. Una niña perdida

2. «Dormí bien»

3. La mente del asesino

4. Daños colaterales humanos

5. Lo que dijeron los de psiquiatría

6. Ira roja e ira blanca

7. La conclusión

8. «Probabilidad sustancial»

9. El legado de Joan

II. «Para mí, matar era lo más normal del mundo»

10. Todo queda en familia

11. El Volkswagen abandonado

12. Dentro de los muros

13. «Lo conveniente de la situación»

14. «Hubo víctimas entremedias»

15. Poder, control, excitación

III. El ángel de la muerte

16. Jugando a ser Dios

17. Turno de noche

18. La creación de un asesino

19. «No he cambiado lo más mínimo»

20. Ángel caído

IV. «Nadie me obligó a hacer nada»

21. Los asesinatos de Superbike

22. ¿Qué fue lo que les pasó a Kala y a Charlie?

23. ¿Qué era lo que movía a Todd?

24. «Buenas o malas, quiero conocerlas»

[25. Organizado versus desorganizado](#)

[26. Lo innato y lo adquirido](#)

[Epílogo. La elección que tiene un asesino](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de los autores](#)

En memoria de Joan Angela D'Alessandro y en honor de Rosemarie D'Alessandro y de todos aquellos que mediante su inspiración, valor y determinación luchan para que todos los niños estén protegidos y amparados por la justicia. Este libro está dedicado a ellos con amor y admiración.

EN UNA PEQUEÑA SALA DEL PRESIDIO

Aquí la cuestión no es tanto quién lo hizo, sino más bien el porqué.

Y, al final, si hemos descubierto el porqué y añadimos el cómo, comprenderemos también el quién, ya que: «Por qué + Cómo = Quién».

No se trata de ser un amigo ni de ser un enemigo; no, se trata de descubrir la verdad.

Es una partida de ajedrez tanto verbal como mental en la que las piezas no existen; una sesión de entrenamiento de boxeo sin contacto cuerpo a cuerpo; una competición de aguante en la que una parte buscará y aprovechará los puntos débiles y las inseguridades de la otra.

Estamos sentados el uno frente al otro alrededor de una pequeña mesa, en una sala mal iluminada cuyas paredes de bloques de cemento están pintadas en un suave tono gris azulado. La única ventana que hay es la de la puerta cerrada de acero, y es pequeña y está reforzada con una malla metálica. Un guardia uniformado observa desde el otro lado para asegurarse de que todo sigue en orden.

En una cárcel de máxima seguridad, no hay nada a lo que se le dé una mayor importancia.

Ya llevamos unas dos horas con esto, y el momento está por fin a punto de caramelo.

—Quiero que me cuentes con tus propias palabras lo que pasó hace veinticinco años —digo yo—. ¿Cómo fueron sucediéndose los hechos que te han traído hasta aquí? Aquella chica, Joan..., ¿la conocías?

—Bueno, la había visto por el barrio —contesta él. Lo dice sin inflexión alguna en la voz, como si tal cosa.

—Volvamos al momento en que ella llamó a la puerta. Cuéntame lo que sucedió, paso a paso, a partir de ahí.

Podría decirse que es como una sesión de hipnosis. La habitación está en silencio, y le veo transformarse ante mí. Da la impresión de que incluso su aspecto físico cambia ante mis ojos. Los suyos es-tán desenfocados, su mirada me rebasa hasta quedar fijada en la pared desnuda. Está regresando a otro tiempo, a otro lugar: al suceso de su vida que no ha abandonado jamás su mente.

En la sala hace mucho frío y tengo que esforzarme por no tiritar a pesar del traje que llevo puesto, pero él ha empezado a sudar mientras relata lo que le he pedido. Su respiración va volviéndose más agitada y audible; su camisa no tarda en empaparse de sudor, los músculos del pecho le tiemblan bajo la tela.

Relata todo lo sucedido a su manera, sin mirarme, casi hablando para sí mismo. Está absorto, ha regresado a aquella época y a aquel lugar, sus pensamientos son ahora los de aquel entonces.

Se vuelve a mirarme por un momento. Me mira directamente a los ojos y me dice:

—John, cuando oí que llamaban a la puerta y miré a través de la mosquitera y vi quién estaba allí, supe que iba a matarla.

PREÁMBULO: APRENDIENDO DE LOS EXPERTOS

Este es un libro que trata sobre cómo piensan los depredadores violentos. Esa ha sido la base de mis veinticinco años de carrera en el FBI como agente especial, analista del comportamiento y analista de investigación criminal, y también del trabajo que he desempeñado desde que dejé la agencia.

Pero, en realidad, se trata de un libro sobre conversaciones que mantuve; al fin y al cabo, fue en las conversaciones donde empezó todo para mí, conversaciones en las que aprendí a utilizar lo que un criminal estaba pensando para ayudar a las autoridades locales a atraparlo y llevarlo ante la justicia. Ahí fue donde comenzó el análisis de la conducta para mí.

Empecé a entrevistar a delincuentes violentos encarcelados porque consideré que era necesario tanto a nivel personal como institucional, pero, en muchos casos, comenzó a raíz del deseo de comprender los motivos subyacentes de los criminales. Tal y como suele suceder en el FBI con la mayoría de los agentes especiales novatos, se me asignó un puesto de agente de campo. Mi primer destino fue Detroit. Desde un primer momento me interesaron los motivos que llevaban a la gente a cometer

sus crímenes; no era solo el hecho de que los cometieran, sino por qué cometían esos en concreto.

Detroit era una ciudad dura, y durante mi estancia allí se llegaban a investigar hasta cinco atracos a bancos a diario. Atracar un banco que cuenta con el respaldo de la Corporación Federal de Seguro de Depósitos es un crimen federal, así que el FBI tenía jurisdicción y a muchos agentes novatos se nos asignaban esos casos junto con el resto de nuestras otras tareas. En cuanto arrestábamos a un sospechoso y le leíamos sus derechos (en muchos casos, estando aún en el asiento trasero de un vehículo del FBI o de un coche patrulla), yo empezaba a acribillarle a preguntas: ¿por qué robar un banco, donde existen tantas medidas de seguridad y todo queda grabado por cámaras, en vez de una tienda donde se mueve una gran cantidad de dinero en efectivo? ¿Por qué esa oficina bancaria en concreto?, ¿por qué ese día y a esa hora?, ¿fue un robo planeado o algo espontáneo?, ¿estuvisteis vigilando el lugar previamente y/o entrasteis para realizar un ensayo previo? Empecé a catalogar mentalmente las respuestas y a desarrollar una especie de «perfiles» informales (aunque en aquel entonces no usábamos ese término aún) de los ladrones de bancos. Empecé a ver las diferencias que existían entre los crímenes que habían sido planificados y los que no, entre los organizados y los desorganizados.

Llegamos al punto de poder empezar a predecir cuáles eran las oficinas bancarias que tenían más probabilidades de sufrir un atraco y cuándo. Por poner un ejemplo: nos dimos cuenta de que en zonas donde había muchos trabajos de construcción era más probable que el atraco se llevara a cabo a última hora de la mañana de los viernes, porque el banco en cuestión tendría a mano un montón de dinero en efectivo para poder abonar los cheques de los obreros. Aprovechábamos información de esa índole para aumentar la seguridad en ciertos objetivos y, por otro lado, para estar esperando en otros donde creíamos que había

probabilidades de atrapar a los atracadores en plena acción.

Mi segundo destino fue Milwaukee, y estando allí me enviaron a la nueva y más moderna Academia del FBI de Quantico, Virginia, para que realizara un curso de formación de dos semanas sobre tácticas de negociación en casos de toma de rehenes. Lo impartían los agentes especiales Howard Teten y Patrick Mullany, los paladines iniciales de las ciencias del comportamiento en el FBI. Su asignatura principal, «Criminología aplicada», era un intento de aplicar una disciplina académica, la Psicología Anormal, al análisis criminológico y a la capacitación de nuevos agentes. Mullany veía la negociación en casos de toma de rehenes como el primer uso práctico del programa de Psicología Aplicada. Eso suponía una nueva corriente en la batalla contra una era nueva de crímenes, como secuestros de aviones o atracos a bancos con rehenes (como el atraco de 1972 a un banco de Brooklyn que inspiró la película de Al Pacino *Tarde de perros*, por ejemplo).

Resultaba fácil de ver cómo el hecho de tener cierta idea de lo que estaba pasándoles por la cabeza a los secuestradores sería de gran ayuda para el negociador y acabaría salvando vidas. Yo era uno entre unos cincuenta agentes especiales que asistía a esa clase, una clase que se impartía por primera vez y que era un experimento osado dentro de las técnicas de entrenamiento del FBI. Apenas habían pasado tres años desde la muerte del legendario director J. Edgar Hoover, y su alargada sombra se cernía aún sobre la agencia.

Hoover había mantenido incluso en los últimos años de su vida un férreo control sobre la agencia que básicamente había creado él mismo. Veía la investigación bajo un enfoque duro e inflexible que podría resumirse con la conocida frase de *Dragnet*, una vieja serie policíaca de televisión: «Solo los hechos, por favor». Todo tenía que ser

medible y cuantificable: cuántos arrestos, cuántas condenas, cuántos casos cerrados. Él jamás habría aceptado algo tan impresionista, inductivo e intuitivo como las ciencias del comportamiento; de hecho, lo habría considerado un contrasentido.

Mientras asistía al curso sobre técnicas de negociación en casos de toma con rehenes mi nombre empezó a circular por la Unidad de Ciencias del Comportamiento, y antes de mi regreso a Milwaukee me ofrecieron puestos tanto en la Unidad de Formación como en la de Ciencias del Comportamiento como siguiente destino. Aunque nuestra unidad se llamara «Ciencias del Comportamiento», la responsabilidad principal de los nueve agentes que la integraban era la enseñanza. Algunas de las asignaturas que se impartían eran «Psicología criminal aplicada», «Negociación con toma de rehenes», «Problemas policiales prácticos», «Gestión del estrés en las fuerzas del orden» y «Crímenes sexuales», que mi gran colega Roy Hazelwood cambiaría más adelante por «Violencia interpersonal».

Aunque el modelo de la academia basado en tres pilares (formación, investigación y asesoramiento) empezaba a tomar forma, cualquier asesoramiento que pudieran dar agentes estelares como Teten era estrictamente informal y no formaba parte de ningún programa organizado. En teoría, se suponía que esas cuarenta horas de aprendizaje en el aula estaban centradas en la cuestión que más interesa a los investigadores criminalistas: el motivo. Es decir, por qué hacen lo que hacen los criminales, cuáles son las distintas formas en que lo hacen y cómo el hecho de llegar a comprender esos factores puede ayudar a atraparlos. El problema que tenía ese enfoque radicaba en que gran parte del contenido procedía todavía del ámbito académico, lo que se evidenciaba cada vez que personal veterano de los cuerpos de seguridad pasaba por el Programa Nacional de la Academia, ya que tenía más experiencia de primera mano que los instructores.

No había nadie más vulnerable en ese sentido que el instructor más novel del equipo: yo. Héteme allí, frente a una clase repleta de inspectores y agentes curtidos, en su mayoría mucho mayores que yo. Y se suponía que debía enseñarles qué es lo que se le pasa por la cabeza a un criminal, que era algo que ellos podrían utilizar en la práctica como ayuda para resolver casos. Yo había obtenido gran parte de mi experiencia práctica trabajando con agentes e inspectores de homicidios en Detroit y Milwaukee, así que parecía presuntuoso por mi parte estar diciéndoles a hombres como aquellos cómo desempeñar su propio trabajo.

Muchos de nosotros empezábamos a darnos cuenta de que lo que era aplicable dentro de la comunidad psiquiátrica y de la salud mental tan solo tenía una relevancia limitada para los cuerpos de seguridad.

Aun así, empecé a recibir consultas del mismo tipo que las que se le hacían a Teten. En clase o durante los descansos, incluso al término de la jornada, agentes e inspectores se me acercaban para pedirme que les diera algunas pautas o que les aconsejara sobre sus casos activos. Si yo hablaba en clase sobre un caso que tenía alguna similitud con el que ellos tenían entre manos, llegaban a la conclusión de que podía ayudarles a resolverlo. Me veían como la voz con autoridad del FBI, pero ¿lo era en realidad? Tenía que haber una forma más práctica de acumular información útil y casos prácticos que me dieran la confianza necesaria para sentir que realmente estaba hablando con conocimiento de causa.

Robert Ressler era quien tenía una edad más cercana a la mía, así que le tocó a él ayudarme a acoplarme al mundillo de la academia y a sentirme cómodo dando clase. Bob tenía unos ocho años más que yo y era un instructor nuevo que, basándose en lo que habían hecho Teten y Mullany, tenía como objetivo convertir la disciplina del análisis del comportamiento en algo que realmente pudiera servirles de

utilidad a departamentos de policía e investigadores criminalistas.

La forma más efectiva de darle a un instructor nuevo algo de experiencia concentrada era mediante lo que nosotros llamábamos «giras de formación»: instructores de Quantico impartían clase durante una semana sobre un punto concreto (podría decirse que era una versión resumida) del temario de la Academia Nacional en un departamento de policía u organismo de seguridad que lo hubiera solicitado. Después viajaba a otro sitio para una segunda semana de clases y, finalmente, regresaba a casa con recuerdos de habitaciones de hotel indistinguibles y una maleta llena de ropa sucia. Bob y yo fuimos compañeros de viaje.

Una mañana de principios de 1978 estábamos saliendo de Sacramento, California, donde nuestra gira de formación había hecho su más reciente parada, cuando comenté que la mayoría de los criminales sobre los que hablábamos en clase todavía estaban vivos y que podíamos averiguar fácilmente dónde se encontraban, que no iban a moverse de donde estaban. Dije que no sería mala idea ver si podíamos ir a hablar con algunos de ellos, descubrir cómo era un crimen a través de sus ojos, hacerles recordar y lograr que nos dijeran por qué habían hecho lo que habían hecho y qué tenían en la cabeza al hacerlo. Pensé que no pasaba nada por intentarlo, y que cabía la posibilidad de que algunos de ellos estuvieran tan aburridos con la rutina de la cárcel que agradecieran la oportunidad de hablar sobre sí mismos.

Había muy poco trabajo de investigación sobre entrevistas con reclusos y el que existía se centraba específicamente en condenas, reha-bilitación, periodos de prueba y libertad condicional; aun así, los registros parecían indicar que los reclusos violentos y narcisistas, en su conjunto, eran incorregibles. Es decir, que no se les podía controlar, mejorar ni reformar. Nosotros teníamos la

esperanza de que hablar con ellos nos permitiera averiguar si eso era cierto.

Bob se mostró escéptico al principio, pero estaba dispuesto a llevar a la práctica aquella disparatada idea. Había sido militar y, entre el ejército y la agencia, su experiencia a la hora de tener que lidiar con la burocracia había bastado para que la frase «Es mejor pedir perdón que permiso» se convirtiera en su mantra, así que decidimos presentarnos sin avisar previamente. En aquellos días, las credenciales del FBI podían darnos acceso a las cárceles sin contar con un permiso previo. Si decíamos por adelantado que íbamos a ir, existía el riesgo de que la información se filtrara y el rumor se extendiera por el patio de la cárcel; si se sabía que un interno pensaba hablar con un par de federales, cabía la posibilidad de que el resto de la población reclusa pensara que era un soplón.

Cuando nos embarcamos en aquel proyecto teníamos algunas ideas preconcebidas sobre lo que íbamos a encontrarnos durante las entrevistas. Por mencionar algunas de ellas:

- Todos asegurarían ser inocentes.
- Alegarían que si habían sido declarados culpables era por no haber tenido una representación legal en condiciones.
- No hablarían voluntariamente con agentes del orden.
- Los agresores sexuales se comportarían como unos obsesos sexuales.
- De haber existido la pena capital en el estado donde se había cometido el asesinato, no habrían matado a sus víctimas.
- Trasladarían la culpa a las víctimas.
- Todos procedían de familias desestructuradas.
- Sabían discernir entre el bien y el mal, y eran conscientes de cuáles eran las consecuencias de sus actos.

- No eran enfermos mentales ni estaban locos.
- Los asesinos y violadores en serie tenderían a ser altamente inteligentes.
- Todos los pedófilos son pederastas.
- Todos los pederastas son pedófilos.
- Los asesinos en serie se hacen, no es que nazcan así.

Tal y como veremos en las siguientes páginas, algunas de esas ideas preconcebidas resultaron ser ciertas y otras distaban mucho de la realidad.

Por sorprendente que parezca, la aplastante mayoría de los hombres con los que contactamos accedieron a hablar con nosotros. Las razones que les motivaban eran variadas. Algunos creían que cooperar con el FBI sería un punto a su favor en su expediente, y nosotros no hicimos nada para quitarles esa idea de la cabeza; otros, por su parte, puede que simplemente se sintieran intimidados. Muchos reclusos, sobre todo los más violentos, no reciben demasiadas visitas, así que era una manera de aliviar el tedio, hablar con alguien del exterior y pasar un par de horas fuera de la celda. Había algunos que estaban tan convencidos de su habilidad para engañar a todo el mundo, que veían la entrevista como un posible juego.

Al final, lo que empezó siendo una simple idea mientras Bob y yo salíamos de Sacramento en el coche (mantener conversaciones con asesinos) se convirtió en un proyecto que no solo habría de suponer un cambio en nuestra carrera profesional y en nuestra vida (y en las de los agentes especiales que fueron uniéndose al equipo), sino que añadiría también una nueva dimensión al arsenal del que disponía el FBI para luchar contra el crimen.

Antes de completar nuestra fase inicial de entrevistas habíamos estudiado y habíamos hablado, entre otros, con los siguientes sujetos: Jerome Brudos, un estrangulador que estaba encarcelado en Oregón y tenía un fetiche con los zapatos; le gustaba ponerles a sus víctimas muertas

zapatos de tacón procedentes de su amplia colección de prendas de mujer. Monte Rissell, que en su adolescencia violó y asesinó a cinco mujeres en Alexandria, Virginia. Y David Berkowitz, el «asesino del calibre 44» e «Hijo de Sam», que tuvo aterrorizada a la ciudad de Nueva York en 1976 y 1977.

A lo largo de los años, mis analistas de Quantico y yo entrevistamos a multitud de depredadores violentos múltiples, incluyendo a Ted Bundy (el prolífico asesino de estudiantes) y a Gary Heidnik, que encerraba a mujeres en el sótano de su casa de Filadelfia, las torturaba y las mataba. El novelista Thomas Harris usó rasgos de la personalidad de ambos en *El silencio de los corderos* y también de Ed Gein, el recluso de Wisconsin que asesinaba a mujeres para usar sus pieles. A este último lo entrevisté en el Instituto de Salud Mental de Mendota, Wisconsin, y es bien sabido que Robert Bloch se basó en él para construir a Norman Bates, el personaje de su novela *Psicosis* (que sirvió a su vez como base para el clásico de Alfred Hitchcock). Lamentablemente, debido a su edad y a su enfermedad mental, Gein deliraba tanto y tenía un pensamiento tan desordenado que entrevistarle no era productivo; aun así, todavía le gustaba la peletería y se entretenía haciendo carteras y cinturones de cuero.

Lo que terminó por emerger con el tiempo fue una serie de métodos rigurosos para llevar a cabo las entrevistas, unos métodos que nos permitieron empezar a correlacionar el crimen con lo que el criminal estaba pensando al cometerlo. Teníamos por primera vez una forma de comprender lo que estaba pasando en la mente de un agresor, y de vincular eso a los indicios que hubiera dejado en el escenario del crimen, a lo que le hubiera dicho a la víctima en caso de que esta hubiera sobrevivido, o a lo que le hubiera hecho al cuerpo tanto antes como después de la muerte. Tal y como hemos dicho en muchas ocasiones, nos ayudaba a poder empezar a responder a una pregunta

inmemorial: «¿Qué clase de persona podría hacer algo así?».

Para cuando completamos nuestra ronda de entrevistas inicial, ya sabíamos qué clase de persona podía hacer algo así, y había tres palabras que parecían caracterizar las motivaciones de todos y cada uno de nuestros agresores: Manipulación. Dominio. Control.

Las conversaciones fueron el punto de partida para todo lo que habría de venir después. Toda la información que recabamos, las conclusiones a las que llegamos, el libro sobre homicidios sexuales (*Sexual Homicide: Patterns and Motives*[\[1\]](#)) que nació a partir de nuestro trabajo de investigación, el manual para la clasificación de crímenes (*Crime Classification Manual*)..., todo ello comenzó al sentarnos frente a asesinos y preguntarles acerca de su vida con el objetivo de comprender qué les impulsaba a acabar con otra vida o, en algunos casos, con muchas de ellas. Y todo ello fue posible gracias a la atención que le prestamos a ese grupo de instructores al que no se había recurrido hasta entonces: los propios criminales.

Vamos a conocer en profundidad a cuatro asesinos que tuve sentados frente a mí al otro lado de la mesa después de haber dejado el FBI, y con los que empleé las mismas técnicas que habíamos desarrollado durante nuestro amplio estudio. Cada asesino en sí es distinto: cada uno tiene sus propias técnicas y motivaciones, su propia psique. El número de víctimas oscila desde una sola hasta cerca de cien, y he aprendido de cada uno de ellos. Los contrastes que existen entre ellos son interesantes y fascinantes, pero lo mismo puede decirse de las similitudes. Todos son depredadores, todos crecieron sin establecer vínculos de confianza con otros seres humanos durante sus años formativos. Y todos ellos son ejemplos perfectos de uno de los debates centrales que existen dentro de las ciencias del comportamiento: *natura versus nurtura*, lo innato y lo

adquirido o, en otras palabras, si los asesinos nacen o se hacen.

En mi unidad del FBI operábamos bajo la ecuación «Por qué + Cómo = Quién». Cuando entrevistamos a criminales convictos, podemos realizar ese proceso a la inversa: conocemos el «Quién» y también el «Qué», y combinándolos descubrimos los cruciales «Cómo» y «Por qué».

[1] «Homicidios sexuales: patrones y motivaciones». (N. del E.).

I

LA SANGRE DEL CORDERO

1

UNA NIÑITA PERDIDA

Fue justo después de la celebración del 4 de julio de 1998 cuando tomé un tren de la compañía Amtrak rumbo al norte para ir a ver a un posible «instructor» nuevo. Se llamaba Joseph McGowan, había sido profesor de Química en un instituto de secundaria y tenía un máster en la materia, pero su nombre no iba asociado a ningún título académico formal porque había pasado a llamarse oficialmente Recluso n.º 55722 en el que era su lugar de residencia desde hacía tiempo, la Prisión Estatal de Nueva Jersey, situada en Trenton.

El motivo de su encarcelamiento: la agresión sexual, el estrangulamiento y el asesinato con un brutal empleo de fuerza física de una niña de siete años que había ido a su casa a entregar dos cajas de galletas de las *girl scouts* veinticinco años atrás.

Me preparé mientras el tren se dirigía hacia el norte. La preparación siempre es importante a la hora de hablar con un asesino, pero en ese caso lo era más que nunca; al fin y al cabo, aquella conversación tendría consecuencias que irían mucho más allá de lo puramente informativo o académico. La Junta de Libertad Condicional de Nueva Jersey me había pedido que fuera para ayudar a determinar si McGowan, al que ya le había sido denegada la

condicional en dos ocasiones anteriores, debería ser reincorporado a la sociedad.

El presidente de la junta en aquel momento era un abogado llamado Andrew Consovoy. Era miembro de ella desde 1989, y acababa de ser nombrado presidente justo cuando el caso de McGowan iba a evaluarse por tercera vez. Había leído nuestro libro *Mindhunter* después de oírme una noche en la radio y se lo había recomendado a Robert Egles, el director ejecutivo de la junta.

Años después, Consovoy diría lo siguiente: «Una de las cosas que comprendí al leer *Mindhunter* y vuestros otros libros fue que hay que tener toda la información de antemano. Uno tiene que averiguar quiénes eran esas personas, no empezaron a existir el día en que ingresaron en prisión».

Basándose en esa perspectiva, creó una unidad especial de investigaciones que operaba bajo el mando de la junta de libertad condicional y que consistía en dos exagentes de policía y un analista. La función de dicha unidad era estudiar en profundidad los casos cuestionables, y dar a los miembros de la junta la máxima información posible acerca del solicitante sobre la cual tomar una decisión. Me pidieron que les asesorara en el caso de McGowan.

Consovoy y Egles me recogieron en la estación y me llevaron a un hotel de Lambertville, una pintoresca ciudad situada a orillas del río Delaware. Egles me entregó allí copias de todo lo que contenía el expediente del caso.

Los tres fuimos a cenar esa noche y charlamos en términos generales sobre el trabajo que yo desempeñaba, pero no tocamos ningún punto relativo al caso. Lo único que me dijeron fue que el sujeto había asesinado a una niña de siete años y que querían saber si todavía seguía siendo peligroso.

Después de cenar me llevaron de vuelta al hotel. Una vez allí, abrí las carpetas y dio comienzo un proceso de revisión de varias horas. Mi papel consistía en ver lo que podía

determinar sobre el estado mental de McGowan, tanto al perpetrar el crimen años atrás como en el momento actual. ¿Era consciente de la clase de crimen que había cometido y de las consecuencias del mismo?, ¿sabía discernir entre el bien y el mal?, ¿le importaba lo que había hecho?, ¿tenía remordimientos?

¿Cuál sería su actitud durante la entrevista?, ¿recordaría detalles concretos del crimen?, ¿dónde pensaba vivir y qué pensaba hacer si le permitían salir de prisión?, ¿cómo se ganaría la vida?

Mi única regla de oro a la hora de hacer entrevistas en una cárcel es que jamás hay que acudir sin una preparación previa. También adopté la costumbre de no ir nunca sin mis notas, ya que eso podía crear una distancia artificial (o una especie de filtro) entre el sujeto y yo cuando llegara la hora de ahondar en su interior de verdad e intentar alcanzar la capa más profunda de su psique.

No sabía lo que iba a sacar de aquella entrevista, pero supuse que sería esclarecedora. Porque, tal y como dije al principio, cada vez que hablaba con «los expertos» aprendía algo valioso. Y una de las cosas que estaba por verse era qué clase de experto resultaría ser Joseph McGowan.

Fui revisando el expediente del caso, reexaminando las pruebas y organizando mis ideas de cara a la entrevista del día siguiente.

Mientras lo hacía, un atroz relato fue tomando forma.

A eso de las 14:45 de la tarde del 19 de abril de 1973 (su madre, Rosemarie, no olvidaría jamás que había sido un Jueves Santo), Joan Angela D'Alessandro vio que un coche enfilaba el camino de entrada de la primera casa a la derecha de St. Nicholas Avenue (la avenida que cruzaba con Florence Street, la calle donde ella vivía). Acompañada de su hermana mayor, Marie, había logrado vender galletas

de las *girl scouts* prácticamente a todo el mundo en unas cuatro manzanas a la redonda en Hillsdale, el tranquilo barrio de Nueva Jersey donde vivían. En aquella época, que niños de su edad salieran solos a vender galletas era una actividad normal. Como estudiaban en un colegio católico, las hermanas D'Alessandro no tenían clase ese jueves por ser una festividad religiosa y pasaron gran parte del día repartiendo encargos. Las personas que vivían en la casa de la esquina eran los últimos clientes a los que tenían que hacerles una entrega así que, en cuanto lo hicieran, habrían terminado con el reparto de galletas, y Joan, como de costumbre, quería completar la tarea.

Era una niña de siete años, un manojito de energía juguetona de metro treinta lleno de encanto... Una *scout* bonita, orgullosa y entusiasta; de hecho, le entusiasmaba todo: el colegio, el *ballet*, dibujar, los perros, las muñecas, las amigas y las flores. Su profesora de segundo curso decía que era una «mariposa social» que atraía de forma natural a quienes estaban a su alrededor. Su obra musical favorita era la «Oda a la alegría» de la *Novena sinfonía* de Beethoven; era la menor de tres hermanos que se llevaban pocos años de diferencia: Frank (al que llamaban Frankie) tenía nueve años y Marie, ocho. Según recuerda Rosemarie, ambos eran más serios. Joan era más risueña.

«Joan fue empática desde el principio. Siempre se preocupaba por los sentimientos y el dolor de los demás, y tenía una energía innata».

Apenas existen fotografías de ella a esa edad en las que no esté sonriendo: Joan con su uniforme de *scout*, con la corbata naranja y la gorra, con las manos entrelazadas al frente y la larga melena caoba cayéndole simétricamente sobre los hombros; Joan con su maillot negro y sus medias blancas, con el pelo recogido en una coleta y los brazos extendidos hacia un lado, demostrando un movimiento de *ballet*; Joan con una rebeca azul marino, una blusa blanca y un corbatín rojo, como si acabara de volverse hacia la

cámara, con el flequillo acariciándole la frente y el pelo enmarcando su adorable cara; Joan sentada de cuclillas luciendo un vestido azul claro, con el pelo recogido, ajustando meticulosamente el ramo de flores en la mano de su Barbie Miss América. Todas ellas reflejan distintas facetas de Joan, y las dos cosas que tienen en común son la sonrisa angelical y la magia inocente que hay en sus ojos azules.

Un amigo de Frankie dijo lo siguiente: «Era tan simpática... ¡Me habría casado con ella!».

Su abuelo, un italo hablante, la adoraba y solía decir: «*E così libera!*», («¡Era un espíritu libre!»). Tenía una risa franca, y Rosemarie la veía participando en obras de teatro cuando creciera un poco más; iba a empezar a tomar clases de piano cuando cumpliera los ocho años.

Esa tarde estaba fuera, jugando sola. Frankie había ido a jugar a casa de un amigo del vecindario y Marie estaba en un partido de *softball*.

De repente volvió a entrar en la casa y le dijo a Rosemarie, «¡He visto el coche nuevo!, ¡voy a llevar las galletas!». Entonces agarró su maletín de las *girl scouts*, que estaba en el vestíbulo y contenía las dos cajas de galletas.

«¡Adiós, mamá! ¡Enseguida vuelvo!». Esas fueron sus palabras al salir a toda prisa; la puerta principal ni siquiera se había cerrado de cuando entró en la casa corriendo. Rosemarie todavía recuerda su coleta subiendo y bajando, sujeta con una goma elástica que tenía dos bolitas azules de plástico a ambos lados, cuando Joan bajó como un torbellino los escalones de la entrada y se fue por la calle. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Unos diez minutos después, tal y como ella misma le relataría a Rosemarie más tarde, la vecina de al lado oyó que su perro, Boozer, ladraba con insistencia. A Joan le encantaba pasear y jugar con él y, a su vez, el animal la adoraba.

Joan no regresó de inmediato, pero Rosemarie no le dio importancia. Lo más probable era que la niña hubiera ido a ver a su amiga Tamara, que vivía en la esquina de St. Nicholas Avenue con Vincent Street. Era uno de esos vecindarios donde podías entrar y salir de la casa de tus conocidos, y aquella mariposa social tenía la habilidad de encontrar siempre algo que hacer o a alguien con quien pasar el rato. A eso de las 16:45, cuando el maestro de música llegó para la clase de piano de Marie, Rosemarie empezó a preocuparse, pero no quería contagiarles su nerviosismo a los niños, así que intentó mantener la calma. Al fin y al cabo, era un vecindario seguro donde vivían un agente del FBI y un sacerdote.

Empezó a hacer llamadas de teléfono. Joan no estaba en ninguna de las casas a las que llamó y nadie la había visto.

Su marido, Frank D'Alessandro, llegó a casa a las 17:50 y ella le dijo que Joan no aparecía por ningún lado. Él era analista de sistemas, un hombre metódico y taciturno por naturaleza y, aunque Rosemarie se percató al instante de lo preocupado y tenso que estaba, él mantuvo la actitud serena de costumbre. Ella le dijo que tenían que llamar a la policía, él le dio la razón y se encargó de hacer la llamada, y entonces salió en el coche junto con Frankie y Marie para buscar a Joan por el vecindario. Cubrieron toda la zona.

Cuando regresaron sin haber visto a Joan ni haber dado con nadie que la hubiera visto, Rosemarie decidió salir a buscarla. Frank no quiso acompañarla. Ella recordaba que, al salir a toda prisa de la casa, la niña había dicho algo sobre entregar el último pedido de galletas que le quedaba porque había visto «el coche nuevo» en St. Nicholas Avenue. Dicho coche era el de la casa de los McGowan. Joseph McGowan era profesor de Química en el Tappan Zee High, un instituto de secundaria situado justo en la frontera estatal de Orangeburg, Nueva York. La propietaria de la casa era su madre, Genevieve McGowan, y él vivía allí con su abuela materna y con ella. En los colegios públicos ese

era un día lectivo, así que cuadraba que hubiera vuelto a casa a esa hora.

Rosemarie optó por llevarse a Frankie (lo hizo con renuencia, para no ir sola), y recorrieron Florence Street hasta doblar la esquina y enfilarse por St. Nicholas Avenue. La casa de los McGowan, una vivienda de dos plantas de ladrillo rojo y revestimiento de color beis con un camino de entrada y un garaje delantero de dos plazas, era la primera a la derecha y estaba justo en la esquina.

Subieron juntos los cinco escalones de la entrada; Rosemarie llamó al timbre y le dijo a Frankie que esperara allí.

El señor McGowan abrió la puerta, daba la impresión de estar recién salido de la ducha y sostenía un fino puro que Rosemarie no vio en un primer momento. Era un soltero de veintisiete años y ella no le conocía, pero «mis hijos decían que era muy agradable».

Rosemarie entró en el vestíbulo, quería colocarse justo donde sabía que Joan había estado poco antes. Ya empezaba a tener un mal presentimiento. Después de presentarse le preguntó si había visto a Joan y le dijo que la niña había salido a entregarle unas galletas.

Él contestó que no, que no la había visto. Lo dijo como si nada, con toda naturalidad, y fue en ese preciso momento cuando Rosemarie D'Alessandro sintió que se helaba de pies a cabeza.

«Llevaba parada unos minutos en el vestíbulo cuando me di cuenta de que había un largo camión de bomberos aparcado frente a su casa», relató ella. «Habíamos llamado a la policía y, al ver que estaban respondiendo así, la situación me golpeó de lleno en ese momento y supe que mi vida jamás volvería a ser la misma».

Se sintió impactada casi de inmediato por la reacción de McGowan... o, mejor dicho, por su inexistente reacción. «Mientras estaba allí, parada con él en el vestíbulo, los ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Y él me miró como si

no tuviera ni el más mínimo sentimiento. Y lo que hizo en ese momento al ver mis lágrimas fue subir escalera arriba hasta el segundo piso y quedarse justo allí, mirándome a la cara con su fino puro en la mano, esperando a que me fuera. Mientras regresaba a mi casa sabía que él sabía lo que le había pasado a Joan».

Una vez que llegó la policía y hablaron con Frank y con ella, se organizó una búsqueda por el vecindario. Los *boy scouts* se ofrecieron como voluntarios, cientos de personas acudieron a ayudar y se organizaron en pequeños equipos que fueron revisando cada casa, jardín, papelera, cubo de basura, zona arbolada y parque en Hillsdale y las poblaciones aledañas. La policía llevó perros rastreadores para ayudar en la búsqueda. Varias personas (entre ellas Rich, el «novio» de siete años de Joan) subieron al camión de bomberos que Rosemarie había visto aparcado y se dirigieron al embalse del lago Woodcliff.

A eso de las 09:20, un sacerdote de la iglesia de San Juan Bautista llegó a la casa acompañado de un policía estatal y un pastor alemán. Rosemarie condujo al equipo de la unidad canina al cesto de la colada para que el perro oliera unas braguitas de Joan, y entonces salieron a recorrer el barrio. Rosemarie tenía la abrumadora sensación de que el animal comprendía lo ocurrido y lo «sentía» profundamente por Joan y por ella. Con la clara actitud de quien está llevando a cabo una misión que se le ha encomendado, olfateó los alrededores de la casa de los McGowan y se dirigió tanto a la puerta principal como a la del garaje.

Pero no apareció nada por ninguna parte.

La noticia de la desaparición de la niña y la improvisada búsqueda se difundió con rapidez, el barrio se llenó de reporteros de periódicos y de canales de televisión; tal y como la misma Rosemarie había hecho notar, Hillsdale no era un lugar donde sucedieran esa clase de cosas. Habló frecuentemente con los medios con la esperanza de que saliera a la luz alguien que hubiera visto algo. Sin embargo,

el recuerdo que le quedó más marcado de la rueda de prensa fueron las pisadas sucias que habían teñido de gris oscuro la alfombra de color marrón claro de la entrada.

La ansiedad que se vivió en la casa de los D'Alessandro esa noche fue poco menos que insoportable. Frank solía enfadarse cuando se sentía frustrado; la noche anterior había tenido un arranque de ira por no tener una caja donde empacar un regalo de Pascua. En palabras de la propia Rosemarie: «Podía mostrarse calmado y paciente durante largos periodos de tiempo, y cambiar de un momento a otro. Tenía un buen trabajo, pero no era una persona comunicativa. Y la verdad es que nunca fue mi alma gemela».

Philip Varisco, el jefe de policía de Hillsdale, estaba de vacaciones en Florida cuando le informaron acerca de la desaparición de Joan. En una comunidad como Hillsdale, siendo Varisco la clase de líder que era, habría sido impensable que el jefe de policía no estuviera presente durante una emergencia como aquella, así que regresó a toda prisa. Aquel hombre, que fallecería en el 2012 con ochenta y nueve años, era un profesional de pies a cabeza que había asistido al Programa Nacional de la Academia del FBI en Quantico para que su equipo y él fueran lo más efectivos posible.

Varisco acudió a casa de los D'Alessandro al día siguiente, y al llegar encontró a Rosemarie sentada en los escalones de la entrada. Le dijo que iba a tomar las riendas de la investigación y, aunque no le prometió el desenlace feliz que él sabía que era muy improbable que se diera, le aseguró con calma que todo se haría debidamente y le pidió una fotografía para publicarla en los periódicos. Rosemarie fue a buscar una de Joan vestida con su uniforme escolar que estaba colgada en el pasillo, la sacó del marco y se la dio.

Frank les dijo a los periodistas que, si la persona que se había llevado a Joan la devolvía con vida, solicitaría a las